

La crítica democrática de Marx al capitalismo y la estrategia china de desarrollo

David Schweickart

Profesor. Universidad Loyola, Chicago.

Como se sabe, la poderosa y convincente crítica de Marx al capitalismo no brindó un modelo explícito para una alternativa viable a este, nada de «recetas para la cocina del porvenir» en su desdeñosa frase.¹ No debe criticarse a Marx por esta omisión. Era un socialista científico. Aunque tenía a su disposición datos suficientes para basar su crítica al capitalismo, había poco de dónde tomar sobre instituciones económicas alternativas. No se habían desarrollado «experimentos». Pero ya no tenemos esa excusa.

Debido a que carecían de un programa, los revolucionarios socialistas tuvieron que improvisar. Se cometieron errores. Se aprendieron lecciones. Reflexionemos un momento sobre la historia económica de las dos revoluciones más importantes del siglo pasado.

Cuando los bolcheviques tomaron el poder, en 1917, emitieron de inmediato un decreto nacionalizando toda la tierra, al tiempo que dieron a los campesinos el derecho a usarla. En esencia, este decreto legitimó lo que ya se estaba produciendo en el campo con la huida de los terratenientes. Pero proporcionar tierra a los campesinos es una cosa y otra bien distinta es requisar

el excedente agrícola para alimentar a las ciudades y al ejército bolchevique durante la guerra civil que siguió. Dar a los comités de fábricas el control de la producción —otro decreto temprano— es una cosa; garantizar que las fábricas estuvieran bien administradas, otra. Pronto fue necesario confiscar por la fuerza el grano y otros alimentos, mientras Lenin llamaba a la disciplina y el orden estrictos en las fábricas. Se realizaron intentos de nacionalización total, prohibición de todos los intercambios de mercado, planificación central, incluso la abolición del dinero; pero las condiciones bélicas fueron tan caóticas que ninguna de estas medidas tuvo un gran efecto.

Los bolcheviques ganaron la Guerra civil. El campesinado ruso no deseaba el regreso de los terratenientes. Pero la economía estaba en ruinas. La hambruna asolaba la región. Murieron millones. Como modelo económico, el «comunismo de guerra» había fallado.

En 1921, Lenin cambió el curso, mediante la Nueva Política Económica (NEP). Fue levantada la prohibición de la empresa privada; se hicieron intentos por garantizar la inversión extranjera —aunque no hubo

mucha—; y se detuvo la confiscación del grano. Después de pagar los impuestos, los campesinos eran libres de comercializar sus productos. En 1925, Bujarin proclamaba la consigna «¡Háganse ricos!», pero se vio obligado a retractarse. Los controles de precios permanecían vigentes y el gobierno continuó poseyendo y administrando casi todas las empresas grandes y medianas. En este período, murió Lenin; Stalin consolidó su poder y la economía se fue recuperando gradualmente; pero la Unión Soviética seguía siendo un país pobre, subdesarrollado, rodeado de enemigos. Las anheladas revoluciones socialistas en Europa no se habían materializado. ¿Cómo podía la URSS desarrollarse para ser una gran potencia industrial? ¿De dónde vendría el excedente que haría posible la industrialización?

Al respecto, en la dirección soviética tuvieron lugar encarnizados e intensos debates, pero todos concordaron en que debía venir del campesinado. Habría que consolidar los lotes de los pequeños campesinos e introducir técnicas agrícolas modernas. ¿Podría hacerse de modo gradual, mediante el ejemplo o la persuasión, o serían necesarias medidas más drásticas? Para obtener de modo no coercitivo los excedentes agrícolas, los campesinos más ricos (campesinos de ingresos medios y *kulaks*) tendrían que cooperar. Pero estas clases eran las que menos simpatizaban con los bolcheviques y el socialismo en general.

Todos sabemos lo que ocurrió. De repente y sin advertencia, Stalin lanzó una campaña masiva para colectivizar la agricultura y liquidar a los *kulaks* como clase. Se produjo una convulsión de arriba a abajo en la sociedad soviética. Se atemorizó a los campesinos para que se unieran a las granjas colectivas... pero los cuadros urbanos despachados para dirigir las sabían poco de agricultura. De hecho, nadie tenía experiencia alguna en la agricultura mecanizada en gran escala. Muchos de los campesinos más calificados —los más ricos— fueron ejecutados o deportados a Siberia. Los que sobrevivieron estaban amargados y desmoralizados. La producción agrícola se desplomó de nuevo y creó el marco propicio para la gran hambruna de 1933.

Este «gran salto adelante» en la agricultura estuvo acompañado por otro similar en la industria. Se trazó y puso en efecto el primer plan quinquenal, que abolió los intercambios de mercado, se introdujo la planificación central, y la administración unipersonal en el nivel de empresa. El consumo se mantuvo bajo. Todos los excedentes fueron a la industrialización del país.

La disciplina laboral fue reforzada brindando incentivos materiales y castigando el ausentismo. Stalin declaró que hasta que llegara plenamente el comunismo,

el igualitarismo era «pequeño burgués». También se emplearon incentivos morales, con buenos resultados. Al fin y al cabo, se construía un nuevo mundo mientras el viejo experimentaba la peor crisis económica del capitalismo.

Es innegable que este esfuerzo triunfó. Los costos humanos fueron horribles, sobre todo en el campo, pero en un momento en que las economías occidentales se encontraban atascadas en la Gran Depresión —una aparente confirmación de lo predicho por Marx—, la Unión Soviética sentaba las bases para su papel final como una de las dos superpotencias del mundo. Luego, sobrevivió a la arremetida alemana, llevó la parte más difícil de la lucha contra el ejército alemán, se reconstruyó con asistencia exterior mínima —a diferencia de Europa occidental—, lanzó el primer satélite espacial, y parecía en posición —como lo establecía una frase memorable de Nikita Jruschov—, de «enterrar» al Occidente con sus logros económicos.

No sería así. En los años 80, el crecimiento soviético se estancó, mientras Occidente, tras la profunda recesión de 1980-1982, le tomaba la delantera. Más tarde, el sistema soviético sufrió una severa «crisis de legitimidad», abandonó su patrimonio socialista, y se desplomó de inmediato.

Entre los experimentos soviético y chino hay muchos paralelos y disimilitudes. El Partido Comunista Chino llegó al poder *después*, no antes de su guerra civil, por lo cual no tuvo que encarar el desafío de construir una economía socialista en tiempos de guerra. Tenía mucha más experiencia con el campesinado que su contrapartida ruso. China no estuvo tan aislada como Rusia al iniciarse su revolución. Recibió de su aliado —la URSS— apoyo moral y algo de asistencia material y técnica. Estas fueron ventajas que deben compararse con el hecho de que China era más pobre en 1949 de lo que había sido Rusia en 1917 y poseía menos infraestructura y apenas base industrial.

El Partido Comunista Chino comenzó su gobierno con su propia NEP —tierra para los campesinos, nacionalización de las «alturas dominantes» de la economía, tolerancia de las relaciones de mercado e incluso de «capitalistas nacionales», en oposición a los «capitalistas burócratas» que se habían opuesto activamente a la revolución. Al igual que las políticas de la NEP soviética, las implantadas en este período (1949-1952) lograron rehabilitar una economía devastada por la guerra.

El primer plan quinquenal (1953-1957) fue menos drástico que el de su homólogo soviético. Emergieron colectivos agrícolas, pero sin el trauma y la violencia de la experiencia soviética. Fueron desarrolladas industrias básicas, que dieron a la China moderna una base

industrial significativa y estable. Se empleó una combinación de incentivos materiales y morales.

Entonces llegó el «gran salto adelante» chino (1958-1960). Los colectivos agrícolas se amalgamaron en «comunas» mucho mayores, a un ritmo extraordinario. El aparato de planificación central fue desmantelado parcialmente a favor de la descentralización regional y las tecnologías en pequeña escala, con gran intensidad de mano de obra («altos hornos del patio»). Los incentivos morales sustituyeron a los materiales.

El efecto general fue desastroso: desplome de la agricultura, terrible hambruna, y condujo a una segunda NEP (1961-1965) que estimuló el pequeño capitalismo en el campo, reorganizó la industria a partir de líneas más convencionales (soviéticas) y cambió el énfasis hacia los incentivos materiales y la pericia técnica. La producción agrícola e industrial revivió marcadamente.

Pronto llegó la Revolución cultural. Esta vez, el eje no era la política económica en sí misma, sino el carácter, la ética y la motivación. Se pensaba que la economía funcionaría mejor, en términos humanos, si a las personas las motivaban no los intereses económicos «burgueses» estrechos y tal vez contrarrevolucionarios, sino una conciencia proletaria que no perdiera de vista el bienestar de las masas.

El experimento no tuvo éxito. Lo sucedió un conjunto de reformas introducidas primero en el campo, que transformarían de nuevo a China, tal vez más profundamente que nunca antes. Eliminada la colectivización agrícola, se volvieron a introducir mecanismos de mercado que se extendieron gradualmente de las zonas rurales a las urbanas. Se invitó al capital extranjero y fue privatizado un gran número de empresas públicas. «¡Enriquecerse es glorioso!», era una proclama.

Siguió un período de estabilidad —excepcional en la historia moderna de China— que dura hasta hoy, acompañado por un sorprendente crecimiento económico, mejoras materiales que han afectado a todas las capas de la sociedad, así como desigualdad, desempleo y degradación ambiental crecientes.

Mirando la historia de los grandes experimentos socialistas del siglo xx, dos controversias dominaron gran parte del debate teórico, no solo en la Unión Soviética y China, sino en todos los demás: plan *versus* mercado, e incentivos morales *versus* materiales. ¿En qué medida la planificación centralizada puede sustituir el intercambio mercantil? ¿Hasta qué punto el entusiasmo obrero y campesino por los valores igualitarios, colectivistas, puede motivar la actividad productiva? En tiempos de Marx no era posible responder a estas preguntas. No se habían intentado los experimentos pertinentes. Me inclino a decir que era necesario emprenderlos.

En el siglo xx se probaron varias combinaciones. El mercado ganó la controversia plan *versus* mercado. Los incentivos materiales ganaron la controversia material *versus* moral. Actualmente sabemos lo que no podíamos haber sabido hace un siglo: sencillamente, las economías industriales modernas son demasiado complicadas para organizarlas siguiendo un plan central pormenorizado y es imposible abandonar los incentivos materiales en un mundo de escasez continua. Estas son dos de las grandes lecciones de la historia económica del siglo xx.

La crítica de Marx como crítica democrática

¿Qué diría Marx de todo esto? Algunos aducen que estaría horrorizado. Mantuvo que los mercados eran fundamentalmente irracionales y que pervertían la sensibilidad humana al recompensar la codicia y la duplicidad. Otros afirman que apoyaría estos acontecimientos. Al fin y al cabo, él no pensaba que la sociedad pasaría con rapidez del capitalismo a una sociedad regulada por el principio «de cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades». En su *Crítica al programa de Gotha* estableció claramente que la sociedad tendría que pasar por «una etapa inferior al comunismo» —hoy recibe comúnmente el nombre de «socialismo»— que llevaría «las marcas de nacimiento de la vieja sociedad de cuyo seno emerge».² Sus breves observaciones sobre esta «etapa inferior» apoyan, explícitamente, los incentivos materiales. La retribución, dijo, será de acuerdo con la contribución.

Una lectura cuidadosa de éste documento indica una perspectiva distinta sobre este debate. El tema central no es plan *versus* mercado ni los incentivos materiales *versus* los morales, sino otra cosa importante. Aunque Marx no nos ofrece un programa para una economía socialista, gran parte de su crítica al capitalismo se centra en el lugar de trabajo: sus escritos tempranos, sobre todo sus *Manuscritos* de 1844 sobre el trabajo enajenado, y también el tomo I de *El Capital*, ambos sobre su solución teórica al «enigma del capital» (¿cómo es posible la ganancia cuando en el mercado lo igual siempre se intercambia con lo igual?), y en su detallada descripción de las condiciones reales de trabajo en la Gran Bretaña de mediados del siglo xix.

¿Pero cuál pudiera ser la solución al «trabajo enajenado»? El producto del trabajo, la encarnación de la energía y la habilidad del trabajador, no le pertenecen a este. Tampoco tiene control sobre lo que se produce, sobre cómo se hace o sobre sus condiciones de trabajo. Todas estas decisiones residen en el dueño de los medios de producción: el capitalista.

Si el producto de mi trabajo me es ajeno y me enfrenta como un poder ajeno, ¿a quién pertenece entonces? Si mi propia actividad no me pertenece, ¿a quién entonces? A un ser que no soy yo mismo. ¿Quién es? El ser extraño que es dueño del trabajo y de su producto, a quien el trabajo sirve y el producto del trabajo satisface, solo puede ser el hombre mismo. Que el producto del trabajo no pertenezca al trabajador y que este enfrente un poder ajeno solo es posible porque pertenece a un hombre que no es el trabajador. Si su actividad es un tormento para él, debe ser un placer y un disfrute vital para otro. Ni los dioses, ni la naturaleza, solo el hombre puede ser este poder ajeno al hombre.³

¿Cuál pudiera ser la solución al «trabajo enajenado»? La respuesta parecería evidente, aunque Marx no la expusiera de modo explícito. *¡Es necesario democratizar el centro de trabajo!* No se trata de que la democratización solucionaría todos los problemas de la enajenación psicológica. La adopción democrática de decisiones no constituye una panacea. En ocasiones se adoptan malas decisiones. Los perdedores en el debate democrático pueden amargarse, sobre todo si casi siempre pierden. Pero de todos modos, la democratización del centro de trabajo responde directamente a la crítica de Marx. El producto pertenece ahora a quienes lo producen. Tienen control sobre las condiciones de su producción. La acción colectiva tiene un alcance mucho más amplio del que existe en el capitalismo.

Otra parte de la crítica de Marx tiene un énfasis distinto. En el núcleo teórico de *El Capital* está la solución de Marx al ya mencionado enigma. La ganancia es posible porque se requiere que los trabajadores laboren más que el tiempo de trabajo necesario para su propia reproducción. Este trabajo excedente produce plusvalía, la fuente de la ganancia capitalista.

Cabría suponer que para resolver esta «injusticia» los trabajadores deberán trabajar solo el tiempo suficiente para devolver a la sociedad el equivalente de lo que consumen, es decir, el tiempo encarnado en los objetos que compran con sus salarios. Pero esta tentadora solución no puede ser correcta, porque una economía que no produjera plusvalía estaría estancada, incapaz de mejorar la calidad de vida de sus ciudadanos. No habría plusvalía para la investigación y el desarrollo, ni para dirigirla a las zonas de la economía que pudieran marchar rezagadas en cuanto al nivel general de desarrollo, ni para bienes «gratuitos» como la educación, la atención a la salud, las pensiones estatales.

De hecho, Marx deja bien claro —no en *El Capital*, sino en su posterior *Crítica al programa de Gotha*—, que una sociedad socialista necesitaría generar, de todos modos, plusvalía social. No es cierto, afirma Marx, que en una sociedad comunista todos los trabajadores deban

recibir el importe total de su trabajo. Del «importe colectivo del trabajo» deben deducirse fondos para expandir la producción, para seguros contra accidentes y desastres naturales, para cubrir los costos generales de la administración que no pertenezcan directamente a la producción, así como «lo que pertenece a la satisfacción general de necesidades, como escuelas, servicios de salud, etc.», una parte que «crece considerablemente en comparación con la sociedad actual y crece en proporción según se desarrolla la nueva sociedad».⁴

Marx y el mercado

Hay algo más en la crítica de Marx al capitalismo que debe observarse; algo de lo que, al parecer, no se percató el propio Marx. Su crítica no es en realidad *al mercado*. Generaciones de marxistas han supuesto que lo es, pero se trata, a mi juicio, de un error.

El Capital comienza con «la mercancía» y luego traza, de modo más bien abstracto, hegeliano, el desarrollo del mercado, del trueque (M-M) al intercambio mediado por dinero (M-D-M) al intercambio iniciado por el dinero: dinero adelantado para el fin de hacer más dinero (D-M-D'). Pero esto lo lleva a su paradoja: ¿cómo puede el dinero producir más dinero cuando se intercambia lo igual por lo igual? ¿Cómo puede D convertirse en D', donde $M' > M$?

Su solución, como sabemos, es centrarse en una mercancía muy especial: la fuerza de trabajo, que es lo único que puede llevar al mercado. Pero ya no estamos hablando de uno corriente de productos básicos (de bienes y servicios), sino de un tipo distinto: un mercado *laboral*. Además, según este se desarrolla, da origen a un tercero que controla la disposición de la plusvalía: un mercado de *capitales*.

«El mercado» en una sociedad capitalista no es unitario, sino triple: de bienes y servicios, laboral y de capitales. Marx, en realidad, no critica el mercado en sí, sino los mercados laboral y de capitales. De repente, en el centro de la crítica de Marx al capitalismo, se abre el espacio teórico para el *socialismo de mercado*.⁵

La democracia económica: el modelo

A partir de estas consideraciones, se percibe un modelo teórico, una alternativa socialista al capitalismo bien diferente al modelo soviético. Lo llamo «democracia económica». Consta de tres instituciones definitorias: a) un mercado de bienes y servicios que es esencialmente igual al del capitalismo; b) democracia en el lugar de trabajo, que sustituye a la institución capitalista del trabajo

asalariado; c) control democrático de la inversión, que sustituye a los mercados financieros capitalistas.

La democracia del lugar de trabajo debe ser representativa: los trabajadores eligen un Consejo, sobre la base del voto individual. Este actúa como una Junta de directores, nombra la gerencia y aprueba todas las decisiones importantes de la empresa. La democracia del centro de trabajo no significa que todo el mundo vote sobre todo. La experiencia demuestra que una dirección eficaz requiere cierto grado de autonomía, al menos mientras duren sus contratos. Pero, en última instancia, la autoridad descansa en la fuerza laboral.

Sustituir los mercados financieros capitalistas es conceptualmente un poco más complicado que democratizar el centro de trabajo. En esencia entraña una reforma doble: la primera parte tiene que ver con la *generación* de fondos para nuevas inversiones; la segunda, con su asignación. Los mercados financieros capitalistas recaudan fondos de inversión de los ahorros privados. Bajo la democracia económica, estos se generan públicamente mediante la tributación. No se necesitan ya capitalistas que «suministren capital». ⁶

La legislatura nacional asigna este capital generado por los impuestos —la plusvalía de la sociedad— a las diversas regiones del país, de acuerdo con una fórmula transparente: la más sencilla y probablemente la mejor sería la distribución per cápita; es decir, si la región X contiene X% de la población del país, debe recibir X% del fondo de inversión. Pueden hacerse excepciones al principio, pero deben ser transparentes y estar justificadas públicamente. Este principio está de acuerdo con las nociones básicas de justicia y con la importante percepción de Marx de que el trabajo viviente, y no el capital acumulado, es la fuente del valor. Estos fondos se depositan en bancos de desarrollo locales que los prestan a las empresas de su región o a iniciativas empresariales, de acuerdo con las prioridades comunales.

¿Pero funcionaría este sistema? ¿Sería eficiente y dinámico? ¿Continuaría encarnando valores socialistas? Estas son las preguntas fundamentales en que se ha centrado mi investigación durante varias décadas. ⁷ Primeramente está el aspecto teórico. Varios economistas de países capitalistas han invertido mucho esfuerzo en demostrar que, al menos en teoría, el sistema es óptimamente eficiente. Se han desarrollado modelos muy estilizados. Han sido aplicadas técnicas matemáticas altamente especializadas. Se han concedido premios Nobel por estos esfuerzos. Conclusión: con supuestos suficientemente restrictivos, el capitalismo de *laissez-faire* es pareto-óptimo; ⁸ un capitalismo perfectamente competitivo, no regulado, asignaría recursos de manera que nadie podría estar mejor, sin que otro esté peor. Si esto es justo, es harina de otro

costal que deberán decidir filósofos y políticos. Lo importante es que el sistema es eficiente.

Surge entonces la pregunta: ¿puede una economía socialista de mercado con empresas controladas democráticamente alcanzar el mismo grado de eficiencia? La respuesta llegó en 1970 con la publicación de *The General Theory of Labor-Managed Market Economies* (Teoría general de las economías de mercado dirigidas por los obreros), de Jaroslav Vanek, y fue afirmativa. ⁹ Sí, la democracia económica puede funcionar en teoría, pero ¿y en la práctica?

Es importante comprender que el siglo pasado está repleto de experimentos económicos, no solo a gran escala, sino en empresas individuales. Los datos empíricos disponibles hoy apoyan con fuerza la aseveración de que una economía estructurada a lo largo de las líneas que indica el modelo propuesto, funcionaría *mejor* que el capitalismo. Existe una amplia literatura sobre las empresas dirigidas por trabajadores o propiedad de estos. Ha habido muchos intentos exitosos de planificación macroeconómica que en repetidas ocasiones incluyen la asignación de recursos de inversión. Podemos ahora sostener, con un alto grado de confianza científica, que una economía organizada como democracia económica (las estructuras teóricas adecuadas modificadas para considerar algunas contingencias prácticas) sería al menos tan eficiente como el capitalismo, más racional en su desarrollo y más democrática. También sería menos susceptible a los flagrantes defectos del capitalismo: desigualdad excesiva, desempleo, pobreza en medio de la abundancia, trabajo excesivo y degradación ambiental.

El experimento Mondragón

Vale la pena mencionar brevemente una prueba importante. Lo que algún día se considerará un experimento histórico mundial comenzó de modo bien modesto: en 1943, en un pueblecito de la región vasca de España, don José María Arizmendiarrreta, un sacerdote que había escapado de la ejecución por las fuerzas de Francisco Franco durante la Guerra civil, estableció una escuela de niños de clase obrera. El «cura rojo», como lo llamaban en los círculos conservadores, era un hombre con amplitud de miras. Como pensaba que Dios da a casi todas las personas igual potencial, y consternado porque ni un joven de clase obrera de Mondragón hubiera asistido jamás a la Universidad, Fray Arizmendiarrreta estructuró su escuela para promover pericia técnica y «valores sociales y espirituales». De los veinte miembros de su primera promoción, once se hicieron ingenieros profesionales.

Para acercarse a lo óptimo, el sistema económico debe ser socialista. Para acercarse a lo óptimo, el sistema político debe ser democrático. Alcanzar ambas cosas, para sí y como ejemplo para los pueblos en lucha en todo el mundo, puede ser muy bien la tarea histórica mundial de China en estos tiempos.

En 1956, a instancias del sacerdote, cinco de ellos, y otros dieciocho, establecieron una fábrica cooperativa para hacer cocinas y estufas. En 1958, se creó una segunda cooperativa para fabricar máquinas herramientas y el año anterior, también por iniciativa de Arizmendiarrreta, se había fundado un banco cooperativo.

El experimento inicial, una fábrica propiedad de los trabajadores que producía cocinas de keroseno, se convirtió en una red de empresas cooperativas que incluía instalaciones industriales de aparatos electrodomésticos, equipos agrícolas, piezas de automóviles, máquinas herramientas, robots industriales, generadores, sistemas de control numérico, termoplásticos, equipos médicos, equipos de casa y oficina y mucho más. En 1991, quince años después de la muerte de Arizmendiarrreta, estas cooperativas —siempre vinculadas mediante el Banco del Pueblo Trabajador— se combinaron para formar la Mondragón Corporación Cooperativa (MCC). Esta incluye no solo cooperativas de producción y construcción, sino también un banco (Caja Laboral), dos centros de investigación (Ikerlan e Ideko), un servicio de seguridad social (Lagun Aro), una red de tiendas minoristas (Eroski) y varias instituciones educacionales (Eskola Politeknikoa Eteo y otras).

Hoy, la MCC es el poder económico dominante en la región vasca española y la séptima empresa en tamaño de todo el país. La división de bienes de capital de la MCC es líder en el mercado de instrumentos para el corte de metales en toda España, al igual que la que fabrica refrigeradores, lavadoras y lavaplatos. Los ingenieros de la MCC han construido fábricas en China, el norte de África, el Medio Oriente y América Latina. El grupo Eroski es ahora la tercera cadena de alimentos minoristas en España (la única, de las cuatro principales, controlada por intereses españoles). Caja Laboral se considera entre las cien instituciones financieras más eficientes del mundo por su coeficiente de utilidades y activo. Ikerlan es la única empresa de investigación española que ha cumplido las especificaciones técnicas de la NASA: en 1993 se le permitió un proyecto en el trasbordador espacial Columbia. Recientemente, ha comenzado una empresa conjunta con Meridian Energy, de Nueva Zelanda, para fabricar equipos de calefacción

doméstica que también generan electricidad que se usaría en el hogar o se transferiría a una red eléctrica general. Ha abierto también el Centro de Innovación Microsoft para investigar tecnologías para aplicaciones en teléfonos móviles, sistemas de GPS, decodificadores de televisión, dispositivos médicos portátiles, generadores eólicos y muchos otros ingenios.¹⁰

En resumen, se trata de una empresa comparable en tamaño y desarrollo tecnológico con las multinacionales capitalistas más dinámicas y con una estructura interna bien distinta a la de una capitalista. La MCC es una federación de cooperativas. Cada una es enteramente propiedad de sus trabajadores. En su Asamblea general anual, cada cooperativa elige a la Junta de Dirección, que nombra la gerencia y designa delegados al Congreso de la MCC. Estos (unos trescientos cincuenta en total), se reúnen para enjuiciar el plan estratégico de la MCC presentado por una Junta del Congreso, entre cuyos veintidós miembros se incluyen los jefes de división (las cooperativas miembros se agrupan en divisiones), además de representantes de las instituciones especiales (el banco, las organizaciones de investigación, etc.). Todas las cooperativas están obligadas a cumplir las disposiciones de este plan. Las individuales están en libertad de disolver su contrato de asociación con la MCC si así lo desean, pero ninguna ha decidido hacerlo nunca. Los beneficios de pertenecer pesan más que las restricciones impuestas a la autonomía de la cooperativa. Las escalas salariales, los diferenciales permisibles de ingresos y el porcentaje de ganancias que deberá reinvertirse en la corporación o la comunidad se cuentan entre los rubros incluidos en el plan general.

No todas las partes de la MCC son cooperativas. Casi todas las empresas creadas fuera de la región vasca y todas las empresas del extranjero son subsidiarias no cooperadas de la MCC. Ha habido un gran debate dentro de la Corporación sobre la conveniencia y viabilidad de extender a estas empresas principios cooperativistas. Existen intentos en curso de alentar el compartir utilidades y la participación obrera dentro de estas empresas, pero hasta el momento ninguna ha pasado a ser cooperativa plena. Los ejecutivos de Mondragón afirman que preparar a los trabajadores

para la transición de asalariados a propietarios-trabajadores toma tiempo y requiere un cambio cultural.

Sea correcta o no esta idea, innegablemente las empresas dirigidas por los trabajadores, bien estructuradas, pueden ser tan eficientes y dinámicas como las más grandes y eficientes empresas capitalistas.

El contraejemplo yugoslavo

En ocasiones se afirma que la autogestión obrera de las empresas en una escala amplia es impracticable. Se cita a Yugoslavia como ejemplo. Este criterio se escuchó repetidamente después de 1989, en el momento en que las sociedades de Europa oriental intentaban reestructurar sus economías.

El osado experimento yugoslavo en la autogestión obrera, iniciado a principios de los años 50, motivó un interés teórico renovado en el socialismo de mercado, y centró la atención en la posibilidad de una economía viable dirigida por los trabajadores. El éxito económico de Yugoslavia desde los 50 hasta los 70 brindó apoyo empírico a las conclusiones teóricas positivas extraídas por Vanek y otros. Durante treinta años, la economía creció más de 6% anual como promedio (con menos rapidez que la tasa china después de la reforma, pero un crecimiento de todos modos impresionante). Entre 1952 y 1960, la tasa de crecimiento de esa nación fue la mayor del mundo. Entre 1960 y 1980, su tasa de crecimiento per cápita era la tercera de los países de ingresos bajos y medios.

Pero en los 80 el experimento yugoslavo —y el país mismo— se deshizo. ¿Por qué? Evidentemente, la principal causa del fracaso fue el hecho de que el Partido y el gobierno no aplicaron una política de restricción macroeconómica —sobre todo de la oferta monetaria— en concordancia con una política microeconómica destinada a ampliar oportunidades e incentivos para la empresa y el trabajo eficiente. Lo que se necesitaba era más libertad para la adopción de decisiones independientes por empresas con genuina autogestión, dentro de un mercado libre, combinada con controles estrictos de la oferta de la moneda nacional.¹¹

La perspectiva teórica que subyace a la democracia económica indica que la falla se encontraba en otro rasgo del modelo yugoslavo: su asignación de inversiones. Es evidente que Yugoslavia *no* ejercía correctamente el control de inversiones. Al país, como a muchos otros de ingresos bajos y medios, lo engatusaron para que pidiera prestadas grandes cantidades de petrodólares a bajo interés, acumuladas a fines de los años 70 como resultado de los aumentos de precios de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP). Por tanto, se encontró en una crisis

financiera cuando las bajas tasas de interés ascendieron abruptamente a principios de los 80.

A este error político se sumó el hecho de que el gobierno central permitió excesiva autonomía a las repúblicas en la generación y asignación de inversiones. Las regiones más ricas se hicieron aún más ricas, las más pobres quedaron aún más rezagadas. Esta creciente disparidad fue la base económica de las tensiones regionales y étnicas que pronto estallaron. Como evidencia el calibrado y doloroso estudio de Dijana Pleština, «casi siempre la causa principal [de la falta de consenso oficial sobre las políticas adecuadas] no era el etnonacionalismo en sí, sino el interés económico».¹² Examinando la historia de la Yugoslavia comunista, la autora observa:

A pesar de las, por lo general, «buenas intenciones» y del relativamente favorable entorno nacional e internacional, cuando los intereses económicos regionales entraban en conflicto, como ocurría con la mayor frecuencia, triunfaba la prioridad de mejorar los intereses económicos de la región propia.¹³

El descalabro yugoslavo no refuta la afirmación de que la democracia económica constituye un orden económico viable. La experiencia yugoslava puede contener lecciones de importancia para China.

La pertinencia de China para la democracia económica

Las reformas económicas iniciadas por Deng Xiaoping comenzaron un año después de que yo terminara mi disertación doctoral «El capitalismo: un análisis utilitario». Como el principio fundamental de la ética utilitaria es «la mayor felicidad para el más amplio número de personas», una crítica utilitaria del capitalismo exige brindar un modelo verosímil de alternativa no capitalista, que pueda promover más felicidad para más personas. Por consiguiente, me vi obligado a exponer, en mi disertación, los rasgos institucionales básicos de tal alternativa. Esta fue la primera presentación de lo que hoy llamo democracia económica.¹⁴

Las reformas agrícolas chinas guardaban un parecido sorprendente con este modelo. Los bienes de capital —la tierra, en el caso de la reforma china— seguían siendo propiedad del Estado, pero los trabajadores —campesinos, en el caso chino— estaban en libertad de administrarlos como les pareciera conveniente y de vender sus productos en el mercado.

Contuve la respiración según se desarrollaba el experimento chino y me complació mucho ver que funcionaba... sorprendentemente bien. Los experimentos con empresas de pueblos y aldeas demostraron también sus buenos resultados y brindaron apoyo adicional a la

perspectiva teórica que yo había planteado. Las reformas tempranas de Deng no se ajustaron exactamente al modelo de la democracia económica; pero evidenciaron que el mercado podía utilizarse de manera creativa y eficaz sin abandonar la propiedad pública de las fuerzas productivas o el control público sobre la asignación de recursos. El «socialismo de mercado» no era un contrasentido, como en aquellos tiempos estaba de moda afirmar.

Es triste, incluso trágico, que a fines de los años 80 y principios de los 90 tantos economistas soviéticos y de Europa oriental renunciaran al socialismo de mercado, inclinándose servilmente ante los expertos occidentales tan seguros de lo que debían hacer estos para reformar sus economías.

Esos países se habrían ahorrado mucho dolor innecesario si hubieran buscado consejo en el Este y no en el Oeste, y hubieran sido un poco más cautos antes de sumergirse en la enorme reestructuración a la que instaban los «expertos» occidentales. Es ahora evidente que a estos los movía más la ideología que la ciencia. Se mostraba poca preocupación por el pueblo, que pagaría el precio si las reformas fallaban, como ocurrió en casi todas partes. Rusia sufrió, en especial, el mayor desplome económico en tiempos de paz de cualquier país en la historia moderna.

La pertinencia de la democracia económica para China

Si el éxito de algunas reformas chinas reivindicaba algunas afirmaciones en nombre de la democracia económica, ¿tendría esta teoría algo que ofrecer a China, a cambio? Sin dudas, la democracia económica es solo un modelo teórico, mientras China es una realidad práctica, enorme y complicada. Pero la perspectiva teórica que ofrece la democracia económica, aunque no se desarrolló teniendo en mente a China, sí guarda implicaciones para este país. Ante todo, el modelo brinda un marco teórico para comprender el experimento chino cuando se sitúa dentro del contexto del materialismo histórico. Examinémoslo brevemente bajo tres aspectos: a) en su formulación general; b) con respecto al capitalismo; c) con respecto a China.

Como teoría, el materialismo histórico descansa en una concepción particular de la especie humana. Se nos contempla como una especie pragmática, que soluciona problemas y es creativa en una forma en que no lo son las demás. Según observó Marx, entre las especies de nuestro planeta, solo nosotros somos capaces de acción consciente y colectiva. No estamos determinados por nuestras circunstancias inmediatas como lo están otras especies. Somos capaces no solo de comprender el mundo, sino también de transformarlo.

El materialismo histórico contempla el sistema económico como el resultado de intentos pragmáticos de solucionar apremiantes problemas relacionados con la escasez material. Percibe las prácticas e instituciones que constituyen el sistema económico en su evolución en el tiempo. Estas prácticas e instituciones creadas para resolver algunos problemas, más tarde crean otros. Con el tiempo, los elementos negativos del sistema pueden llegar a dominar los progresivos, al punto de que los seres humanos deben buscar un nuevo sistema, construyendo sobre lo que tienen, pero reconstruyendo instituciones de modo más o menos radical.¹⁵

China, por supuesto, no es un país capitalista avanzado; sigue siendo pobre, relativamente subdesarrollado, en un mundo dominado por países capitalistas desarrollados. ¿Cómo puede ver un materialista histórico el futuro de China? Se presentan dos opciones teóricas, con implicaciones políticas en conflicto: a) para avanzar, China debe atravesar la etapa del capitalismo; b) para avanzar, China debe evitar la etapa del capitalismo.

Desde luego, siempre queda una tercera posibilidad: China pudiera autodestruirse. Marx reconoce que la lucha de clases puede provocar la destrucción mutua de las clases contendientes. Es precisamente esta tercera posibilidad lo que da al experimento chino esa urgencia existencial. Será necesario escoger entre las dos primeras opciones. ¿Cuál ofrece la mejor esperanza de evitar la tercera?

La perspectiva teórica que ofrece la democracia económica indica que la segunda variante es la más prometedora. Más que nunca antes, hoy China forma parte del sistema capitalista mundial, pero no todas las partes de ese sistema son capitalistas. China debe evitar hacerse capitalista, pero también estudiar con cuidado este sistema para tomar lo mejor de él, al tiempo que rechaza lo destructivo. No es una tarea fácil: los elementos progresistas del capitalismo suelen encontrarse profundamente entrelazados con los destructivos.

China debe luchar por evitar hacerse capitalista por una razón primordial. El capitalismo no puede solucionar los problemas más apremiantes que encara actualmente este país; a saber, el desempleo, las desigualdades individuales y regionales y la degradación ambiental, los cuales son endémicos del capitalismo. Al menos un laureado con el premio Nobel, Amartya Sen, parece estar de acuerdo con ello:

Entre los grandes desafíos que encara ahora el capitalismo en el mundo contemporáneo se cuentan aspectos de desigualdad (sobre todo la miseria absoluta en un mundo de prosperidad sin precedentes) y de los «bienes públicos» (o sea, bienes que las personas comparten, como el medio ambiente). La solución a estos problemas casi sin dudas exigirá que las instituciones nos lleven más allá de la economía de mercado capitalista.¹⁶

Cuatro tesis programáticas

La teoría de la democracia económica propone también algunas tesis programáticas.

Tesis 1: China hizo bien en lanzarse a un curso de reformas de mercado. La teoría de la democracia económica sustenta el principio de que un socialismo viable debe ser de mercado. Los opositores socialistas al socialismo de mercado suelen ser elocuentes en sus críticas, pero son incapaces de articular una alternativa verosímil.¹⁷

Tesis 2: China pudiera alentar y desarrollar formas de democracia en el lugar de trabajo. Como ya he observado, la democracia en el centro de trabajo concuerda con los valores socialistas marxistas básicos. Hay pruebas considerables de que, estructuradas adecuadamente, las empresas democráticas suelen funcionar mejor que las capitalistas convencionales. Además de las evidencias de los estudios de empresas propiedad de trabajadores, se ha comprobado que aumentar la participación y el control de los obreros de las empresas —incluso cuando se trata de algo muy inferior al control obrero pleno—, suele dar lugar a centros de trabajo de «alto desempeño», superiores a los capitalistas convencionales.¹⁸

Existen algunas evidencias de que lo mismo ocurre en las empresas chinas. Un reciente estudio piloto en setenta y cinco empresas de la provincia oriental de Shangong, emprendido para examinar el fenómeno de la reforma de las empresas chinas de propiedad estatal, concluye que haber pasado a ser propiedad de los empleados tuvo un efecto significativamente positivo en su rentabilidad, al igual que en la participación de la fábrica. Los autores observan que

resulta interesante cómo muchas de las empresas propiedad de los empleados y propiedad estatal muestreadas tenían implantados los principales componentes de los más avanzados sistemas occidentales (propiedad de los empleados, participación de estos en la gestión e información financiera compartida). Ellas, sencillamente, carecen de integración sistemática.¹⁹

De hecho los autores especulan que, dadas las precarias circunstancias de los empleados en las empresas de propiedad estatal, la repercusión de la reforma hacia la propiedad de los empleados y la distribución de las ganancias en China pudiera ser más importante que reformas similares en Occidente. «Parecería que en este intervalo en que las circunstancias de los trabajadores los predisponen naturalmente a sistemas de propiedad de los empleados, pudiera estar al alcance de la mano una oportunidad histórica».²⁰

Un estudio más amplio de unas 275 empresas en la provincia de Henan, realizado por el politólogo Li

Minqi, de la Universidad de York, llegó a una conclusión similar. Las empresas propiedad colectiva, las cooperativas de accionistas y las empresas de accionistas parecen todas más productivas que las estatales. Además,

en los resultados de mi encuesta se aprecia que la participación de los trabajadores en la gestión tiene efectos positivos más amplios sobre el desempeño de la productividad de las empresas propiedad estatal [...] Estos resultados indican que la desconfianza existente entre reformadores de la economía hacia la gestión de participación no está bien fundada y que un enfoque más desprejuiciado del cambio económico que promueva la participación obrera en empresas propiedad estatal pudiera ser deseable en términos sociales y económicos.²¹

Tesis 3: El gobierno chino no debe renunciar al control principal sobre la asignación de los fondos de inversión. A pesar de todas sus virtudes como mecanismo de asignación y distribución, el mercado no asignará de modo óptimo los fondos de inversión. La competencia por clientes entre las empresas existentes es saludable. Las motiva a utilizar con eficiencia sus recursos para producir lo que desean los consumidores, y a adoptar las tecnologías apropiadas. En cambio, la que existe entre las regiones para acceder a los fondos de inversión *no* es saludable. La teoría económica neoclásica indica que el capital fluirá de las zonas en que es abundante a zonas donde escasea, pero la experiencia real contradice esta hipótesis. La mano invisible dista mucho de ser benigna en su asignación de los fondos tan esenciales para el desarrollo. Esta es la lección correcta que deberá extraerse de la tragedia yugoslava.

El desarrollo equilibrado y sostenible exige que el gobierno desempeñe un papel importante en la generación del fondo de inversión —que descansa idealmente en la tributación, no en los ahorros privados— y en la supervisión de su asignación. Sin dudas, el mercado tiene también un papel aquí; pero es secundario. Los gobiernos deben dominar las corrientes de inversión, no estar supeditados a ellas.

Por suerte, la inversión permanece mucho más controlada en China que en los países capitalistas. En la actualidad este control dista de ser óptimo, pero las reformas deben intentar su racionalización y hacerlo más responsable. El objetivo no debe ser ceder este control a las fuerzas del mercado. La crisis financiera que hoy experimentamos, originada en los Estados Unidos, pero no limitada a ese país, es solo un aspecto de las profundas irracionalidades de un sistema que descansa en los mercados financieros para asignar capital de inversión.

Concluiré esta sección con una tesis de un tipo diferente, derivada de la investigación y la reflexión, que va más allá del «modelo básico» de democracia

económica, y critica una parte de la obra de Marx, al tiempo que hace uso de otra.

Tesis 4: China no se equivoca al permitir el desarrollo de un sector capitalista, aunque este representa un peligro claro y presente a largo plazo como sociedad socialista emancipada.

Aunque Marx ofrece una poderosa crítica del capitalismo, apenas menciona alternativas. En su análisis falta otra cosa. Llama nuestra atención la función *pasiva* del capitalista como proveedor de capital. Este capital —observa él muy correctamente— es sencillamente el trabajo no pagado acumulado de trabajadores pasados y, por consiguiente —afirmo yo—, debe estar bajo el control democrático de la sociedad. Pero Marx prácticamente no presta atención a la función *activa* de algunos capitalistas, al menos a la función *empresarial*: montar los negocios, desarrollar productos nuevos, abogar por nuevas tecnologías de producción y distribución. Esto también es trabajo, pero de un tipo particular que muchas veces exige habilidad excepcional, además de inclinación al riesgo. Ni Marx ni los experimentos socialistas anteriores prestaron suficiente atención a la importancia de la función empresarial en la sociedad y, por lo tanto, no desarrollaron estructuras institucionales para garantizar un suministro de este muy valioso recurso.

Visto desde hoy, ese sector de las pequeñas empresas capitalistas resulta indispensable para una sociedad socialista viable, sin dudas en sus etapas tempranas de desarrollo y tal vez de modo indefinido. Los pequeños negocios ofrecen flexibilidad y sensibilidad a la demanda del consumidor en muchos sectores que las empresas grandes, dirigidas por gerentes nombrados por el Estado o incluso democráticamente electos, no pueden igualar. Además, las evidencias históricas indican fuertemente que el talento empresarial, la energía y el sentido de responsabilidad necesarios para garantizar un suministro adecuado de pequeños negocios requiere incentivos económicos de tipo pequeño burgués. Las cooperativas obreras pueden también desempeñar un papel importante en el sector de los negocios pequeños, pero no es probable que su número sea suficiente. Resulta difícil montar un negocio pequeño que alcance buenos resultados. Montar una cooperativa exitosa es incluso más difícil.

La existencia de un sector pequeño burgués de pequeños negocios operados por sus propietarios no tiene por qué amenazar el carácter socialista básico de una economía de mercado socialista. Por el contrario, en la medida en que también exista en la economía un sector cooperativo vibrante y empleo relativamente pleno, las pequeñas empresas capitalistas estarán bajo la presión competitiva de tener un mayor parecido con las cooperativas. A fin de atraer y conservar a los mejores

trabajadores, tendrán que instituir el compartir ganancias y algunos mecanismos participativos.

Aunque un sector pequeño burgués puede ser de importancia para crear empleos y atender algunas formas de demanda del consumidor, este no brindará mucho en lo referido a la innovación en gran escala. En los países capitalistas, existe una mitología respecto al potencial innovador de los pequeños negocios; pero en realidad de este sector no surgen muchas innovaciones productivas. Aquellos que alcanzan buenos resultados suelen copiar lo que hacen otros exitosos propietarios, pero pocos tienen tiempo o recursos que dedicar a la innovación importante. Por tanto, para una sociedad socialista pudiera ser prudente tener también un sector de grandes empresas capitalistas. Si el sector socialista de la economía demuestra no ser lo suficientemente empresarial y necesita competencia seria para serlo, uno genuinamente capitalista pudiera llenar entonces ese espacio.

Obviamente, esto representa un peligro. El materialismo histórico nos sensibiliza con los temas de la lucha de clases. Nos alerta del hecho de que —según China experimenta con varias formas de propiedad— las diversas clases tendrán intereses bien distintos. Los trabajadores, por supuesto, preferirán el control obrero. Los gerentes, por su parte, son ambivalentes. Los gerentes principales de las empresas estatales y de propiedad colectiva se encuentran listos para convertirse en propietarios de ellas —o sea, en capitalistas. Pudieran necesitar el apoyo de su fuerza laboral para gestionar la compra de la empresa estatal o colectiva de administración obrera, pero instintivamente resistirían la contravención de su propia autonomía administrativa, sea por parte del Estado, el distrito o su propia fuerza laboral. Los directivos de empresas capitalistas en Occidente también se muestran reacios a la injerencia «externa», incluida la de los accionistas de la empresa. Los gerentes siempre ansían la autonomía, sea o no compatible con los intereses a largo plazo de la sociedad. Por lo tanto, de existir la posibilidad de alcanzar el pleno control de una empresa ineficiente, propiedad de los trabajadores, habría una conclusión ominosa: para los gerentes sería un fuerte incentivo ver que la empresa propiedad de los trabajadores fracasara.

El caso de la fábrica Jing Wine, según informó *The Washington Post*, es instructivo. En 1997 se vendió esa fábrica, en la ciudad de Pan Daye, a sus setecientos trabajadores. Muchas de las acciones fueron compradas por los altos gerentes, y la mayoría por el antiguo director. Los trabajadores mantuvieron al director, pero este no estaba conforme. «En el viejo sistema —decía— necesitaba la aprobación de los funcionarios del Partido. En el nuevo necesito la aprobación de los trabajadores». Se sentía frustrado. «Hablando con honradez, fui

relativamente negligente. No tenía el corazón en el trabajo. Francamente, yo fui en parte culpable de la caída en la producción».

La fábrica comenzó a perder dinero. Los funcionarios del Partido decidieron revertir la venta haciendo que los trabajadores vendieran sus acciones al director. La oposición fue fuerte, pero en última instancia en vano. Una mujer lloraba: «Confiaba en el gerente Wu, pero estaba comprando nuestros muchos años de trabajo. Ahora somos solo sus obreros. La fábrica ya no es nuestra». Al fin, Wu hizo un buen trato. Los bancos estatales le prestaron el dinero que necesitaba: 20% menos del valor estimado de la fábrica. Ahora es dueño de una provechosa empresa capitalista con treinta y cinco millones de dólares en ventas anuales.

¿Conclusión? *The Washington Post* tituló el artículo: «Los trabajadores chinos fracasan como dueños de fábricas». La perspectiva que ofrezco en este texto indica una conclusión distinta: no se trata de que las empresas capitalistas no tengan lugar en la China socialista, sino que deben tratarse con gran escepticismo los argumentos a favor de la superioridad de la compra por los gerentes en comparación con la empresa democrática, basada en el fracaso de esta última. Es necesario implantar políticas opuestas a la tentación de la gerencia de sabotear la democracia en el centro de trabajo.

Hacia la democracia

La teoría de la democracia económica se interesa principalmente en la estructura económica de la sociedad. Aboga por una «democratización» del capital en relación con el centro de trabajo y con la asignación de inversiones. Esto último implica alguna forma de democracia política, porque son las instituciones políticas quienes asignan el fondo de inversión. La teoría no especifica una forma precisa de esta democracia política, pero cualquiera que sea no puede ser, en lo esencial, lo que hoy se entiende por democracia en Occidente. Quienes habitan allí, y ciertamente los que residimos en los Estados Unidos, no vivimos en una «democracia». El dominio casi total de la clase capitalista sobre el proceso político no concuerda con el significado básico del término. La clase capitalista —ese 1% superior de la población de los Estados Unidos que posee 49% de toda la riqueza del país— constituye la principal fuente de financiamiento de casi todos los candidatos políticos. Financia un ejército de «cabilderos» para asegurar que sus intereses estén bien representados ante todos los funcionarios del gobierno, en especial nuestros representantes electos. También financia a un grupo de fundaciones privadas cuyo negocio es crear y reunir apoyo para la «legislación

modelo» que protegerá y ampliará los intereses de esta clase.

Desde luego, la clase capitalista es propietaria de casi todos los medios de difusión: televisión, radio, diarios y revistas, con lo cual garantiza que sus intereses se presentarán, indefectiblemente, como generales de la sociedad. Además, si todo esto falla, siempre puede entablar una «huelga de inversiones», una reacción casi espontánea a las políticas económicas que perciba como «nocivas para los negocios». Como una sociedad capitalista descansa en los ahorros privados de su ciudadanía para financiar la inversión, y como los propietarios de esos ahorros privados están en libertad de disponer de ellos como lo consideren adecuado, la infelicidad con la política oficial puede provocar un éxodo de capital que lanzaría a la economía a una recesión y garantizaría que se destituyera a un gobierno recalcitrante.

Esa es la naturaleza de nuestras «democracias» occidentales, a las que se designaría más adecuadamente como «poliarquías»,²² no democracias. Las cosas pudieran ser peores. Celebramos regularmente elecciones relativamente honradas que no son carentes de significado. Pero como la novelista y crítica social india Arundhati Roy ha observado de modo tan mordaz:

Las democracias modernas han estado en pie durante tiempo suficiente para que los capitalistas neoliberales aprendieran a subvertirlas. Han dominado las técnicas de infiltración en los instrumentos de la democracia —el poder judicial «independiente», la prensa «libre», el parlamento— y a moldearlos para sus propósitos. El proyecto de globalización corporativa ha resquebrajado el código.²³

En la medida en que China lucha para encontrar un sistema económico óptimo, debe crear también un sistema político óptimo, en el que esta última palabra signifique potenciar al máximo la libertad y el bienestar humanos, dadas las limitaciones materiales y culturales existentes. Para acercarse a lo óptimo, el sistema económico debe ser socialista. Para acercarse a lo óptimo, el sistema político debe ser democrático. Alcanzar ambas cosas, para sí y como ejemplo para los pueblos en lucha en todo el mundo, puede ser muy bien la tarea histórica mundial de China en estos tiempos.

Traducción: María Teresa Ortega Sastriques.

Notas

1. Carlos Marx, «Afterward to the Second German Edition», *Capital*, t. 1, International Publishers, Nueva York, 1967, p. 26.
2. Carlos Marx, «Critique of the Gotha Program», *Selected Writings*, Hackett, Indianápolis, 1994, p. 320.

David Schweickart

3. Carlos Marx, «Alienated Labor», *Selected Writings*, ob. cit., p. 65.
4. Para evidencia adicional de que Marx pudiera apoyar el socialismo de mercado, véase James Lawler, «Marx as Market Socialist», en Bertell Ollman, ed., *Market Socialism: The Debate Among Socialists*, Routledge, Nueva York, 1998.
5. Carlos Marx, *Critique...*, ed. cit., p. 319.
6. Por razones económicas, la tributación más adecuada es un impuesto de tasa fija a los bienes de capital recaudados a todas las empresas productivas.
7. La presentación más reciente de los resultados de mi investigación puede encontrarse en David Schweickart, *After Capitalism*, Rowman and Littlefield, Lanham, 2002. Es posible encontrar un tratamiento más técnico en mi obra *Against Capitalism*, Cambridge University Press, Cambridge 1993.
8. Vilfredo Pareto (1849-1923), sociólogo y economista italiano que elaboró una teoría sobre la optimización del mercado a partir de las matemáticas. Según el «óptimo de Pareto», una decisión es eficiente si algunas personas mejoran y ninguna empeora. [N. del E.]
9. Jaroslav Vanek, *The General Theory of Labor-Managed Market Economies*, Cornell University Press, Ithaca, 1970. Para un tratamiento pormenorizado de los debates teóricos en torno a este tema, véase el capítulo 3 de mi *Against Capitalism*, ob. cit.
10. La Universidad Mondragón, creada inicialmente por las cooperativas Mondragón como escuela politécnica, ahora matricula casi cuatro mil estudiantes. Muchos la consideran el mejor instituto técnico del país. Otros tres mil estudiantes estudian en centros educacionales y de entrenamiento afiliados a la MCC. En conjunto, la MCC tiene hoy una fuerza laboral de 103 000, 37% empleados en la región vasca, 47% en otras partes de España, 16% en 65 plantas en el extranjero (ocho de ellas en China). La MCC tiene ventas anuales de 20 millones de dólares y activos de casi 42 millones. Para estos y otros datos, véase el sitio web *Mondragón*, en www.mondragon.mcc.es.
11. Harold Lydell, *Yugoslavia in Crisis*, Clarendon Press, Oxford, 1989, p. 69.
12. Dijana Plestina, *Regional Development in Communist Yugoslavia: Success, Failure, and Consequences*, Westview Press, Boulder, 1992, p. xxvii.
13. *Ibidem*, p. 178.
14. En aquel tiempo la llamaba «socialismo de mercado con autogestión obrera», una descripción todavía adecuada.
15. En *Against Capitalism* (ed. cit.) y *After Capitalism* (ed. cit.) afirmo que el capitalismo contemporáneo es precisamente ese sistema en el que los elementos negativos ensombrecen a los positivos. Además, sostengo que ahora puede verse qué reformas (radicales)

son necesarias para llevarnos a la siguiente etapa de desarrollo socioeconómico. Podemos ver también que dentro de la mayoría de las sociedades hay en funcionamiento fuerzas objetivas que empujan, consciente o inconscientemente, a favor de estas reformas.

16. Amartya Sen, *Development as Freedom*, Random House, Nueva York, 1999, p. 167.
17. Para una presentación de ambos lados del tema, Bertell Ollman, ob. cit. En esta obra, James Lawler y yo defendemos el socialismo de mercado, mientras Hillel Ticktin y Bertell Ollman toman una posición opuesta. Para una crítica reciente del socialismo de mercado centrada en la experiencia china, véase Martin Hart-Lansberg y Paul Burkett, *China and Socialism: Market Reforms and Class Struggle*, Monthly Review Press, Nueva York, 2005.
18. Para un estudio profundo de cuarenta y cuatro empresas manufactureras estadounidenses, véase Eileen Appelbaum, Thomas Bailey y Peter Berg, *Manufacturing Advantage: Why High-Performance Work Systems Pay Off*, Cornell University Press, Ithaca, 2000. Véase también Gregor Murray et al., eds., *Work and Employment Relations in the High-Performance Workplace*, Continuum, Nueva York, 2002.
19. George K.Y. Tseo et al., «Employee Ownership and Profit Sharing as Positive Factors in the Reform of Chinese State-Owned Enterprises», *Economic and Industrial Democracy*, a. 25, n. 1, Uppsala, 2004, p. 171.
20. *Ibidem*, p. 172. La propiedad de las empresas estudiadas en modo alguno es la misma ni se rige por el principio de una persona, un voto, como en el modelo de democracia económica. También debe señalarse que Tseo y otros encuentran que la presencia de las asambleas de trabajadores con poderes, o los congresos de trabajadores, tienen una correlación negativa con la rentabilidad. Los autores especulan que esto puede deberse a inexperiencia o a falta de verdadera autoridad.
21. Li Minqi, «Workers' Participation in Management and Firm Performance: Evidence from Large and Medium-Sized Chinese Industrial Enterprises», *Review of Radical Political Economics*, v. 36, Amherst, verano de 2004, p. 377.
22. Los politólogos de la Universidad de Yale, Robert Dahl y Charles Lindblom, acuñaron este útil término. Véase su obra conjunta *Politics, Economics and Welfare*, Harper and Brothers, Nueva York, 1953, así como Charles Lindblom, *Politics and Markets*, Basic Books, Nueva York, 1977, y Robert Dahl, *Democracy and Its Critics*, Yale University Press, New Haven, 1989.
23. Arundhati Roy, *An Ordinary Person's Guide to Empire*, South End Press, Boston, 2004, p. 3.

© TEMAS, 2009